

sario un asesinato para preservar á la Orden de Jesús de tantos desastres, seguramente que el de Pombal la hubiera venido como de molde; y este hombre, no obstante, jamás llegó á imaginarse, en las combinaciones de su audacia, que corrian riesgo sus días. Conocedor del carácter de los Padres mas de lo que lo daba á entender, calumniábalos en público, al paso que se desdeñaba en secreto de tomar las precauciones de que suele rodearse la tiranía, mas bien por ir con el vulgo que por su propia seguridad. Pombal sobrevivió veinte y tres años á la extincion de la Orden; sin tropezar jamás con un Chatel ó un Barrière que se anticipasen á sus designios, ó le hiciesen expiar el éxito de sus tramas; y este argumento en accion debe pesar mas en la balanza de la historia, que todas las teorías de regicidio no justificadas hasta el dia por hecho alguno. Si el hombre que hizo mas daño á los Jesuitas, y cuya existencia se hallaba á su disposicion, no sucumbió víctima de sus puñales y sus venenos, ¿deberá suponerseles tan inconsecuentes que hayan ido á crear, contra los reyes que los protegían y los amaban, un sistema homicida que no osaron aplicar contra enemigos mas determinados, y cuya muerte no acarrea peligro ni desórdenes?

Pombal, que reinaba sobre el Monarca inspirándole un miedo cervical de los Jesuitas, no concebía temor alguno personal con respecto á su vida propia: mofábase de sus víctimas con una crueldad glacial que clamaba venganza, y la venganza jamás le salió al encuentro. El sumo Pontífice no cesaba de suplicar al Monarca que supiese ser justo con los inocentes como con los culpables; y el Ministro contestaba á estas súplicas con proscripciones en masa: apasionado el primero por los Jesuitas, hacia cuantas concesiones eran dables; enemigo el segundo de los mismos, se sostenía en su obstinacion. La Santa Sede trataba con él de potencia

«trarian á los segundos tropas, armas y municiones; después, ocultarian la mano que dirigía el golpe, uniformando á los militares con hábitos jesuiticos; y por último, diría la corte de Londres que todo ello no era mas que un efecto del inmenso poder de los Jesuitas.»

Únicamente al ridículo pertenece hacer justicia de semejantes ineptias. Nosotros solo nos hemos propuesto citar esta carta del Ministro portugués, que se conserva cuidadosamente en Lisboa en el quíntodécimo registro de las Órdenes desde 1766 á 1768, para demostrar hasta qué punto las pasiones y animosidad contra los Jesuitas pueden perturbar á ciertas inteligencias que se empeñan en abrigar el mal del miedo.

á potencia; y creyendo que á fuer de condescendencias conseguiria atenuar sus mal fundados odios, se esforzaba á calmar la irritacion; pero Pombal afectaba tanta mayor violencia, cuanto que se habia llegado á persuadir que efectivamente era un objeto de terror universal. Envalentonado con los temores y debilidad de los demás, y visto que todo el mundo humillaba la cerviz ante sus amenazas, descargó el golpe, seguro de que el perdon se hallaba al extremo de la concesion mas insignificante ó del remordimiento menos comprometedor.

Si el Pontífice amaba á los Jesuitas, el Ministro, que hasta el 1.º de setiembre de 1759 habia estado indeciso respecto á las medidas definitivas que debería adoptar contra ellos, se decidió, por fin, á lanzarlos á las riberas del Tiber. Á través de todas las torturas que podia suscitar un carácter como el de Pombal, llega el primer convoy á la embocadura del Tajo, donde ya le aguardaba un buque comerciante falto de provisiones, y de ninguna manera destinado á fletar tanto número de pasajeros. Empero, si en el navío se carecia de todo lo necesario, hasta del pan y del agua, las olas no quisieron secundar los planes del Ministro; puesto que obligado aquel á tocar en los puertos de España, é impelido después por los vientos contrarios hácia las costas de Italia, fue testigo de quiera de un grito de generosa piedad en favor de los proscritos, que bendecian la mano del que los castigaba. Haciendo la caridad renacer por todas partes la abundancia, que devolvía á los desterrados la energía de que tenían tanta necesidad, arribaron estos por último á Civita-Vecchia en 24 de octubre de 1759, y en número de ciento treinta y tres. Saludólos esta ciudad á su llegada con admiracion y entusiasmo: los magistrados se disputaron el honor de consolar á estos sacerdotes, que rogaban aun por sus perseguidores, al paso que las corporaciones religiosas les ofrecieron una hospitalidad enteramente fraternal. Pero la acogida que tuvieron entre los Dominicos fue todavía mas cordial y mas franca. Los émulos de la Compañía de Jesús (así los proclamaba todo el mundo), cuya rivalidad se habia dado á conocer en las justas teológicas y en las misiones, acogieron con tanto júbilo á estos primeros naufragos que anunciaban nuevas tormentas, que los habitantes de Civita-Vecchia consagraron sobre el mármol, en la iglesia de los Padres Predicadores, el paso de los Jesuitas; y los mismos Dominicos erigieron un monumento que les recordase

esta alianza contraída en la víspera de los desastres ¹. Otros navíos, cargados de Padres de la Compañía, se hicieron después á la vela en diferentes épocas y en direccion á los Estados del Papa, á quien esperaba Pombal hacer arrepentirse de su justicia y conmiseracion, obstruyéndole la capital con esta multitud de proscritos cuyo defensor se habia declarado.

En tanto que el ostracismo y el cautiverio pesaban de una manera horrible sobre los profesos del Instituto de Ignacio, se arrogaba el cardenal de Saldanha la facultad de dispensar de sus votos á los jóvenes Jesuitas. Veian el Ministro y el Patriarca que la educacion pública se hallaba comprometida en sus obras vivas, y proponiéndose ambos de consuno provocar algunas defecciones con el objeto de no verse atacados por sorpresa, apelaron á las caricias de las familias, á las amenazas de la autoridad, y á las seducciones de la patria y de la fortuna. Verdad es que algunos de estos novicios se dejaron ganar; pero pasando semejantes apostasías á ser el blanco de la animadversion general, y visto que el pueblo y los soldados que estaban de guardia en derredor de las casas y colegios acogian con silbas á estos hombres á quienes aterrabá la inminencia del riesgo, ó que inauguraban su carrera por

¹ La inscripcion de los frailes Predicadores se hallaba concebida en estos términos:

D. O. M.

Lusitanis Patribus Societatis Jesu,
 ob gravissimas apud regem calumnias,
 post probrosas notas,
 multiplices cruciatus,
 bonorum publicationem,
 ad Italiae oram amandatis;
 terra marique
 integritate, patientia, constantia,
 probatissimis,
 in hac Sancti Dominici aede exceptis,
 anno M.DCC.LIX,
 Patres Praedicatores
 christianae fidei incremento et tutelae
 ex instituto intenti,
 ipsique Societati Jesu
 ex majorum suorum decretis
 exemplisque devinctissimi
 ponendum curarunt.

una cobardía, se resistieron los mas á los halagos y amenazas. En Evora, Braganza y Coimbra se dejaron ver algunas luchas en que la franqueza de la juventud obtuvo la victoria sobre la edad madura. Un pariente de Pombal, el P. José de Carvalho, se puso á la cabeza del movimiento generoso que arrastraba á los Jesuitas no profesos aun á seguir la suerte de sus mayores en el Instituto; y todos de consuno sostuvieron con tanto valor el choque que, vencidos los agentes de Saldanha, los sumieron en los calabozos. Entre los cañes, en el Brasil, el Malabar, en las costas de Salseta, do quiera, en fin, que los Jesuitas habian fertilizado el desierto, consumándose las mismas peripecias que en el seno de la Metrópoli, fueron arrebatados á sus trabajos civilizadores. Reuniéronlos en Goa, donde la codicia de Pombal habia dado principio al despojo de la tumba de Francisco Javier, y después de haberlos hacinado en algunas galeotas, los dejaron errar á merced de las olas.

La Sociedad de Jesús habia dejado ya de existir en el reino de Portugal; y sin embargo, el Ministro continuaba su obra, proyectando, á favor de incesantes ataques contra la Santa Sede, realizar su quimera de Iglesia nacional. Á fuerza de estudiar las doctrinas de Sarpi y de Giannone, probó inocular en las costumbres del pueblo el cisma que germinaba en sus esperanzas; pero bien pronto tropezó con obstáculos que hicieron retroceder á su invencible tenacidad. Hallábase rodeado de magistrados complacientes, de obispos adictos hasta la bajeza, que le arreglaban un culto á su manera, y le trazaban á pedir de boca los límites de lo espiritual y temporal; mas, como no bastan solamente algunos pocos legistas ó algunos sacerdotes cortesanos para realizar un cambio de religion, el pueblo, que era esencialmente católico, rechazaba con tanta energía cuanto podia atentar á su antigua fe, que el Ministro conoció por fin la inutilidad de sus tentativas. Servíanle estas no obstante de contrapeso en la balanza de Roma, y perseveró por lo mismo en sus amenazas. Roma, que, en favor suyo, llevaba la condescendencia hasta el extremo de la debilidad, acogia en sus Estados á los Jesuitas extrañados de Portugal, quienes, tanto en el litoral del Mediterráneo como en las ciudades marítimas de España, eran saludados como mártires de la tiranía. Este homenaje alarmaba la orgullosa susceptibilidad del Ministro lusitano, de quien los Príncipes y los Católicos for-

maban la siguiente opinion que debia un dia ser expresada por un escritor protestante: «Las consecuencias buenas ó malas de «esta destruccion, dice Schœll¹, no son aquí enteramente extra- «ñas. Simple historiador, vamos á referir los hechos en cuanto «conciernen al reino de Portugal. Cierto es que estos hechos han «sido envueltos en las tinieblas, y que mas de una vez se nos ha- «ce imposible penetrar hasta la verdad; pero á pesar de las den- «sas nubes que la circundan, resulta un solo teorema: á saber, «que los hechos fundados de que Carvalho pudo acusar á los Pa- «dres se reducen á cosas insignificantes, y que el Ministro ha «empleado con mas frecuencia las armas de la mala fe, de la «exageracion y de la calumnia, que las de la lealtad.»

Indignado Pombal del silencio que observaba en derredor su- yo, y de las ovaciones de la caridad, que por do quiera acogian á las víctimas de su despotismo, creyó modificar esta sensacion unánime entregando á un Jesuita á las hogueras de la Inquisicion. Odiaba hacia ya tiempo al P. Malagrida, y quiso pedirle cuenta de la reprobacion con que le abrumaban los pueblos. Gabriel de Malagrida, anciano casi octogenario y nacido en Italia el 18 de setiembre de 1689, habia transcurrido la mitad de su vida en el ejercicio de las misiones ultramarinas. Vuelto á llamar á Portu- gal, habia pasado á ser, particularmente desde el terremoto ocur- rido en Lisboa, un objeto de veneracion á los ojos de los pobres y poderosos. Comensal íntimo desde entonces de la familia de los Tavora, no por esto semejante intimidad le constituia cómplice del atentado del 3 de setiembre; porque para complicarle en él era preciso establecer la premeditacion, conocer á los culpables, y proceder con las pruebas en la mano. Pero Pombal no era hombre que se arredrase ante estos indispensables preliminares: deseaba, como lo prueba la sentencia que pronunció él mismo, que el P. Malagrida y demás sacerdotes del Instituto fuesen los fau- tores del regicidio; y si el Jesuita, que debia perecer con sus coacusados, fue reservado por entonces, solo lo debió á un capri- cho ministerial. Tres años hacia ya que Malagrida gemia entre cadenas donde parecia como olvidado, cuando acordándose de él Pombal, y desdeñando el primer fallo á que se hallaba sometido todavía, y por el que podia ser ejecutado de un dia á otro como instigador de un atentado contra la vida del Soberano, tra-

¹ *Curso de historia de los Estados europeos*, tomo XXXIX, pág. 50.

ta de que la Inquisicion se pronuncie á su vez contra este anciano. No se ventila ya la cuestion del regicidio, sino la de falsa profe- cia y devota inmoralidad: acúsale ahora de haber compuesto en la soledad de su calabozo dos libelos sobre el *Reinado del Ante- cristo y la vida de la gloriosa santa Ana, dictada por Jesús y su Ma- dre santísima.*

Enfermo, cautivo, sin fuerzas, privado del aire, de luz, tinta y plumas, supónese al anciano Malagrida alimentarse de alucina- ciones que, relatadas en la vista de su causa, mas bien prueban un cerebro enfermo, que la doctrina de un heresiarca. El manuscri- to no es presentado tampoco; y solo citan algunos fragmentos de ambas obras, amasados al intento por el capuchino Norberto. Lla- mado el Santo Oficio á condenar al Jesuita, el inquisidor gene- ral, hermano del Monarca, á quien imitan sus asesores, se niega á juzgar al delirio ó á la inocencia: apodérase Pombal de este pre- texto para conferir á su hermano Pablo Carvalho de Mendoza, y uno de los enemigos mas implacables de la Compañía de Jesús en el Marañón, la dignidad de inquisidor general; y en el mismo instante se forma un nuevo tribunal. Verdad es que carece de la institucion pontificia; y que, por lo mismo no puede ejercer acto alguno jurídico; pero Pombal le ha dictado sus órdenes, y con- formándose el tribunal con ellas, después de declarar á Malagri- da autor de herejías, impúdico, blasfemo y décaído del sacerdo- cio, le entregan al brazo seglar, que le hace perecer en 21 de se- tiembre de 1761 en un auto de fe solemne. «El exceso del ridi- «culo, dice Voltaire¹, fue agregado en este fallo al exceso del «horror: el culpable fue condenado como profeta, y quemado co- «mo loco, mas no como parricida.»

Á pesar del juicio de Voltaire y del que pronunció esta Inquisi- cion de contrabando, el Jesuita no tenia mas de insensato que de parricida. Sus contestaciones en presencia del tribunal, la mordaza que colocaron en su boca durante la marcha fúnebre, las palabras que dijo sobre la hoguera; todo, en una palabra, prueba que mu- rió como habia vivido, en la plenitud de su razon y de su piedad.

Para insultar al Pontífice hasta en la misma Silla apostólica, y probarle que sus súplicas eran tan ineficaces como sus intima- ciones, después de reunir en sus proscripciones un número sufi- ciente de Jesuitas, para fatigar la inagotable caridad de Clemente,

¹ *Obras de Voltaire, Siglo de Luis XV, tomo XXII, pág. 351.*

« juzgó oportuno mandárselos en una desnudez completa. Empero si Pombal no transigió jamás en sus crueldades con los prisioneros que se había reservado, el Pontífice se ostentaba cada vez mas generoso. El Papa y el Ministro portugués desempeñaban á porfía el papel que se habían trazado á sí mismos: el primero aliviaba los padecimientos inmerecidos, el segundo los agravaba cada vez mas. Acababa de lanzar á las costas de Italia barcadas de prisioneros, y quiso reasumir en sus cautivos todas las torturas que hubiera deseado aplicar juntas á toda la Compañía. Había hecho prender entre los misioneros á muchos Jesuitas franceses y alemanes; y esperando que ninguna familia levantaria su voz para reclamarlos, los conservó con preferencia, sometiéndolos á las miserias mas minuciosas que puede inventar la tiranía mas atroz. De doscientos y veinte Jesuitas que tenia ahorrados en las cárceles y mazmorras, sucumbieron ochenta y ocho á los padecimientos; siendo los demás arrancados á su barbarie por doña María, heredera del trono de Portugal, María Teresa de Austria y la reina de Francia ¹. Todavía existe un cierto número de cartas escritas por los Jesuitas prisioneros de Pombal, en las que se representan al natural los mismos padecimientos y una paciencia idéntica. El protestante Murr ha tomado algunas del autógrafo latino para reproducirlas en su *Diario de literatura y artes*, tom. IV, pág. 306, de donde tomamos nosotros la que el P. Lorenzo Kauten dirigia desde la torre de San Julian al provincial del bajo Rhin.

« Reverendo Padre mio: — Próximo ya á terminarse el octavo año de mi cautiverio, hoy se me ofrece por la primera vez una ocasión favorable para remitiros esta carta. El que me ha suministrado los medios es uno de nuestros Padres franceses, compañero mio de calabozo, pero libre en la actualidad por intervención de la reina de Francia.

« Preso desde el año de 1759, en que me ví arrebatado de mi domicilio por varios soldados que me condujeron con sable en mano á una fortaleza llamada Oliveira, en la frontera de Portugal, fui lanzado en un horrible calabozo, obstruido de ratas tan importunas que infestaban mi lecho y compartian mi alimen-

¹ Los PP. Du Gat, Ranceau y el coadjutor Delsart fueron reclamados en nombre de la reina María Leczinska, esposa de Luis XV, por su embajador en Portugal, el marqués de Saint-Priest, que Pombal tenia cautivos, y en seguida fueron puestos en libertad.

« to, sin que me fuese dado perjudicarlas á causa de la oscuridad. Éramos veinte Jesuitas encarcelados con separacion. Durante los cuatro primeros meses nos trataron con algunas consideraciones; pero pasado este tiempo, empezaron á cercenarnos el alimento, dejándonos lo que bastaba únicamente para no morirnos de hambre. Arrebatáronnos con violencia nuestros breviarios y cuantas imágenes, medallas y reliquias poseíamos; y queriendo arrancar á uno de los nuestros su Crucifijo, hizo una resistencia tan grande que le dejaron en paz, y no trataron ya de ejercer con los demás tan indigna violencia. Pasado un mes, nos devolvieron los breviarios y demás objetos de devocion. Tres años hacia ya que nos hallábamos en los lóbregos calabozos de la citada fortaleza, donde toleramos el hambre y muchas otras incomodidades, y en los que no se prestaba ninguna clase de socorro á los enfermos, cuando, con motivo de la guerra entablada nos sacaron de ella en número de diez y nueve (había fallecido uno). Atravesamos el Portugal escoltados por dos escuadrones de caballería, que nos condujeron á las cárceles de Lisboa, donde nos hicieron pasar la noche entre los ladrones y asesinos custodiados en ellas. Al dia siguiente nos condujeron á esta fortaleza, denominada de San Julian, á orillas del mar, donde me hallo en la actualidad con los demás Jesuitas. En el momento en que os escribo, nuestro calabozo, que es de los mas horribles, se reduce á un subterráneo oscuro é infecto, donde no vemos otra luz que la que penetra por una hendidura de tres palmos de longitud por tres dedos de latitud; limitándose las provisiones que nos pasan á un poco de aceite para el velon, un módico y mal alimento, una corta cantidad de agua infestada, y aun llena á veces de gusanos, y media libra de pan: á los enfermos les suministran una quinta parte de gallina, y no se les permite recibir los Sacramentos hasta hallarse justificado el peligro por el cirujano que desempeña aquí las funciones de médico. Mas, como este último no se halla domiciliado en la fortaleza, y á ningun otro se le permite entrar á visitarnos, sucede que morimos sin consuelo, y sin que nos sea dado esperar socorro alguno espiritual ó temporal. Los calabozos abundan en gusanos y otros insectos que me son desconocidos: el agua filtra incesantemente por las paredes, con lo que nuestros vestidos y las demás cosas de nuestro uso se pudren en poco tiempo.

« ¡ Cosa admirable! decia el Gobernador á cierto sugeto que me lo ha
« repetido; en este horrible sitio no se conserva otra cosa mas que los Pa-
« dres. Y verdaderamente que parecemos conservados por milagro
« para poder padecer por Jesucristo. Causale muchas veces un
« gran asombro al cirujano el ver cuán pronto se curan y resta-
« blecen muchos de nuestros enfermos, viéndose obligado á con-
« fesarse que tales curaciones no deben su éxito á los medicamen-
« tos, sino á una virtud sobrenatural. Algunos recibian la salud
« á consecuencia de un voto. Uno de nosotros, cási en la agonía,
« tomó la harina milagrosa de san Luis Gonzaga, y sanó de repen-
« te: otro que habia caido en un profundo delirio, durante el cual
« lanzaba gritos horribles, tuvo el mismo resultado, merced á las
« plegarias que por él dirigió al cielo uno de nuestros compañe-
« ros; y finalmente, un tercero, después de haber recibido el sa-
« cramento de la Eucaristía, se halló repentinamente aliviado y
« restablecido de una enfermedad que ha conducido á muchos al
« sepulcro. El cirujano, que ya sabe esto, y que lo ha visto por la
« experiencia, suele decir ordinariamente: *Ya sé el medicamento*
« *que ha de sanar á este: dadle el cuerpo de Nuestro Señor, y no ha-*
« *yáis miedo que muera.* Acaba de morir uno en cuyo semblante se
« advertia cierto resplandor, que no habia tenido en vida; de ma-
« nera que todos los que le contemplaban no podian menos de ex-
« clamar: *He ahí la fisonomía de un bienaventurado.* Testigos de es-
« tos prodigios, y fortificados por el cielo de otros mil modos, nos
« regocijamos con los que mueren de entre nosotros, y envidiamos
« en alguna manera su muerte, no porque ya han concluido
« de padecer, sino porque nos arrebatan la palma. Los deseos de
« la mayor parte de los que aquí estamos se reducen á morir en
« el campo de batalla. Los tres franceses que han sido puestos en
« libertad, se hallan sumamente afligidos, considerando nuestra
« posicion mas venturosa que la suya. Hallámonos sumidos en
« la amargura, y rebosa no obstante en nuestro corazón el júbilo
« al ver que no se pasa un momento sin que padezcamos de nue-
« vo. Totalmente desnudos, porque hay pocos de entre nosotros
« que conserven algunos retazos de sus sotanas, apenas podemos
« conseguir que se nos dé para cubrir lo que exige la modestia.
« Un tejido de no sé qué pelo nos sirve de cobertor, y redúcese
« nuestro lecho á un poco de paja; costándonos mucho trabajo el
« obtener otra cuando se pudre, lo que sucede con bastante fre-

« cuencia; pero nunca nos lo conceden hasta después de haber
« dormido en el suelo muchas noches seguidas.

« Á nadie se le permite hablarnos, como ni tampoco preguntar
« por nosotros. El carcelero, cuya extrema dureza parece estu-
« diar medios para agravar nuestros padecimientos, rara vez nos
« habla con dulzura, y parece no darnos las cosas que necesita-
« mos sino con la mayor repugnancia. Ofrécese la libertad y toda
« especie de consideraciones á los que quieran abjurar el Institu-
« to. Nuestros Padres de Macao, de los que algunos han sufrido
« ya con valor entre los infieles la prision, las cadenas y otras
« torturas, muchas veces reiteradas, han sido tambien conduci-
« dos á este sitio; y, segun parece, ha sido mas agradable á Dios
« el verlos padecer en este país, sin haberlo merecido, que el
« verlos morir por la fe entre los idólatras. Nos hemos hallado
« juntos en estas mazmorras veinte y siete Jesuitas de la provin-
« cia de Goa, uno de la del Malabar, diez de Portugal, nueve del
« Brasil, veinte y tres del Marañon, diez del Japon, y doce de la
« China. En este número hay que contar un italiano, tres france-
« ses, y dos españoles, trece alemanes, tres chinos, y cincuenta y
« cuatro portugueses; de los cuales han muerto tres, y han sido
« puestos en libertad otros tantos.

« Todavía quedamos setenta y seis, sin contar otros muchos
« que se hallan encerrados en otros calabozos, los que no me ha
« sido fácil averiguar quiénes son, ni cuántos, ni de qué país.
« Exigimos de los Padres de vuestra provincia que se acuerden
« en sus oraciones de rogar á Dios por nosotros, aunque no como
« sugetos dignos de compasión, puesto que nos reputamos ente-
« ramente felices. Yo, que tanto deseo la libertad de mis compa-
« ñeros, no cambiaria mi suerte con la vuestra. Deseamos á nues-
« tros Padres una perfecta salud y la ventura de trabajar valero-
« samente por la gloria de Dios, para que está se aumente tanto
« en vuestro país como se disminuye en este.

« De la fortaleza de San Julian, á orillas del Tajo, 12^o de octu-
« bre de 1766.

« De V. R. el mas humilde y obediente servidor. — LORENZO
« KAUTEN, *cautivo de Jesucristo.* »

Muchas otras cartas pudiéramos citar tan elocuentemente aflic-
tivas y tan magnífica y esforzadamente cristianas. Estos Jesuitas,
cuyo número disminuía cada año, venian á ser para Pombal una